

Vicente López, Ciudad Creativa del Cine: patrimonio vivo y relato comunitario

Juan Manuel Domínguez | Proyecto Lumiton, Secretaría de Cultura de Vicente López

URL de la contribución <www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/6063>

RESUMEN

El caso de Vicente López, reconocida por la Unesco como Ciudad Creativa del Cine, constituye un ejemplo singular de gestión patrimonial basada en la comunidad. A partir del legado de los estudios Lumiton –fundados en 1931 y pioneros del cine sonoro argentino– y del histórico cine York –sala comunitaria abierta en 1910–, el municipio ha desarrollado un modelo de gestión patrimonial que une preservación, educación y participación ciudadana. El Proyecto Lumiton y el programa Vecine Vecine reactivan ese pasado mediante políticas inclusivas de acceso gratuito al cine, talleres, festivales y archivo digital, resignificando la memoria audiovisual como derecho y como motor de identidad. Más que una mirada nostálgica, la experiencia de Vicente López muestra cómo el patrimonio cinematográfico puede convertirse en herramienta de cohesión social, innovación cultural y proyección internacional, donde la comunidad encuentra en el cine una forma viva de narrar su propia historia.

Palabras clave

Cine York | Ciudad Creativa del Cine | Comunidad | Gestión cultural | Municipio de Vicente López (Buenos Aires, Argentina) | Patrimonio audiovisual | Patrimonio cultural | Proyecto Lumiton | Restauración | Unesco |



Latas de película, archivo Lumiton | foto Proyecto Lumiton, titular de todas las imágenes que ilustran el artículo

Cuando en 2023 la Unesco designó a Vicente López como Ciudad Creativa del Cine, el reconocimiento fue recibido en Argentina como un hito cultural pero también como un gesto de justicia histórica. No se trataba simplemente de otorgar un título honorífico a un municipio de la periferia bonaerense, sino de reconocer un largo proceso de construcción cultural y comunitaria en torno al cine, capaz de articular pasado, presente y futuro, capaz de hablar con industria local, con los vecinos y de educar con cariño a generaciones de cinéfilos. En el entramado de esta historia sobresalen dos experiencias, dos rincones: en Munro, Lumiton –los legendarios estudios fundados en los años treinta que dieron origen a una de las tradiciones más sólidas del cine nacional– y en Olivos, el cine York, sala comunitaria que desde 1910 hasta hoy ha funcionado como lugar de encuentro, resistencia y experimentación, donde se cruzan el cine argentino y el cine de autor exhibido de manera gratuita con largas filas de espectadores que asisten por la confianza en el rito del cine (lejos de la comodidad acolchada de las plataformas).

Más que inventariar edificios o consolidar listas de bienes culturales, el caso de Vicente López permite pensar el cine como argumento patrimonial, como un valioso y posible relato que se escribe desde y para la comunidad, desde las instituciones, en este caso, la Secretaría de Cultura de Vicente López. Esta perspectiva coincide con las discusiones actuales en torno al patrimonio cultural inmaterial, donde el valor no está tanto en la materialidad del bien (la casona de Munro, el cine de Olivos) como en las prácticas culturales, memorias y vínculos sociales que esas instituciones generan. La pregunta que guía este texto es, entonces: ¿cómo puede el cine identificar un barrio, una comunidad y convertirla desde la práctica, antes que desde el marketing, en un referente internacional?

La respuesta se teje en varias capas: volvamos entonces a la innovación técnica de “Los locos de la azotea”, que en 1920 inauguraron la radiofonía



Santi Mitre y Esteban Lamothe, director y actor respectivamente, en la gala Unesco Vicente López Ciudad Creativa del Cine (2023)

argentina y pronto derivaron su experiencia en la producción cinematográfica; la consolidación de Lumiton¹ como productora pionera del cine sonoro, cuyo legado sigue vigente en el imaginario cultural; la historia de cine York como sala social y espacio de encuentro barrial, y finalmente, la labor contemporánea del Proyecto Lumiton y Vecine Vecine, un programa editorial que los propios habitantes de Vicente López reconocen como escuela de cine a la hora de sus contenidos, que reactivan esa memoria desde políticas culturales concretas que incluyen la gratuidad y la pluralidad de las funciones de cine, talleres, archivos, rescates de acervo histórico y festivales.

La experiencia de Vicente López muestra un modelo de gestión patrimonial que excede la preservación: se trata de activar memorias vivas, conectar generaciones y proyectar identidad cultural al mundo. Se trata del cine como patrimonio universal, como derecho social. En ese sentido, el reconocimiento de la Unesco no es un punto de llegada, sino la confirmación de un proceso colectivo en marcha y la ratificación de un modelo como pocos en el mundo. El cine del presente y la memoria del pasado como enormes faros para iluminar un rincón del mundo.

HISTORIA Y MEMORIA

La historia de Vicente López como territorio del cine comienza incluso antes de que existiera una industria cinematográfica nacional organizada. En agosto de 1920, desde la terraza del Teatro Coliseo de Buenos Aires, Enrique Telémaco Susini, junto a sus compañeros César Guerrico, Miguel Mugica y Luis Romero Carranza, transmitieron la ópera *Parsifal* de Richard Wagner. Eran estudiantes de medicina y apasionados de la radio: la prensa los bautizó como “Los locos de la azotea”. Aquel evento fue pionero en el mundo y dio origen a *Radio Argentina*, primera emisora de carácter público.

El vínculo entre esa gesta radial y el futuro cinematográfico es directo: tras vender *Radio Argentina* y fundar la exitosa empresa de telecomunicaciones Vía Radiar, Susini y sus socios decidieron invertir en cine. Viajaron a Hollywood para estudiar de cerca la transición al sonoro, especialmente el modelo de Metro-Goldwyn-Mayer, y regresaron con la convicción de replicar esa experiencia en Argentina. Así nació en 1931 la Sociedad Anónima Radiocinematográfica Argentina Lumiton, instalada en la quinta La Algovia, en Munro.

El futuro nombre –Lumiton, luz y sonido– condensaba la modernidad tecnológica y el espíritu pionero de la empresa. Su debut, *Los tres berretines* (1933), dirigida por Enrique Susini, fue también un manifiesto cultural: la película se atrevía a parodiar las obsesiones argentinas (el fútbol, el tango y el cine mismo), a la vez que inauguraba la era del cine sonoro en el país.

1

AA.VV. (2024) *Lumiton. El sello que marcó el rumbo del cine nacional*. Archivo Lumiton. Disponible en: <https://lumiton.ar/libro-lumiton/> [Consulta: 05/02/2026].



ENRIQUE SERRANO en: **"LOS MARTES, ORQUÍDEAS..."** con Juan Carlos Thorry, Nury Montsé, Felisa Mary, Ana Arnedo, Mirtha Legrand, Silvana Roth, Sully Moreno, Juan Mangiante. Producción Lumiton

Dirección: FRANCISCO MUGICA

Zully Moreno, Mirtha Legrand, Nury Montsé y Silvana Roth en *Los martes, orquídeas*

En los años siguientes Lumiton produjo títulos que se convirtieron en clásicos, como *Los muchachos de antes no usaban gomina* (1937) de Manuel Romero, *Los martes, orquídeas* (1941) de Francisco Mugica, o *El ángel desnudo* (1946) de Carlos Hugo Christensen.

Entre 1931 y 1952 Lumiton produjo más de 100 películas, consolidando estrellas como Luis Sandrini, Mecha Ortiz, Niní Marshall, Mirtha Legrand, Hugo del Carril y Olga Zubarry. Su logotipo –un bailarín golpeando un gong– quedó grabado en la memoria visual de generaciones. Más allá de su catálogo, Lumiton funcionó como escuela de oficios cinematográficos, integrando técnicos, directores y guionistas que luego marcarían toda la industria argentina.

Al mismo tiempo, en la vecina localidad de Olivos, el cine York comenzaba a consolidarse como sala comunitaria. Fundado en 1910 por la Sociedad Cosmopolita de Socorros Mutuos, era más que un cine: un espacio de encuentro social, con salón de baile y escenario teatral. Con la llegada del cine sonoro en los años treinta y la proximidad de los estudios Lumiton, el York se transformó en una sala cinematográfica estable, recibiendo a artistas y técnicos que vivían en el barrio. En este sentido, York y Lumiton no fueron proyectos aislados, sino piezas de un mismo ecosistema cultural.

En ambos casos, la clave fue la articulación entre innovación técnica y comunidad. Los locos de la azotea no eran empresarios al estilo hollywoo-



Michel Borowsky, el hombre del Gong, logotipo de las producciones cinematográficas de los Estudios Lumiton

dense, sino jóvenes fascinados por las posibilidades de la tecnología, capaces de convertir su experimentación en un emprendimiento cultural colectivo. Lumiton, a su vez, no se limitó a producir cine: construyó una narrativa nacional y un imaginario compartido. El York, finalmente, funcionó como nodo social donde ese imaginario se hacía experiencia concreta para el público local.

La década de 1940 encontró a Lumiton en plena madurez. Fue el tiempo en que el cine argentino alcanzó su llamada "época de oro", consolidando géneros, estrellas y una industria con fuerte llegada popular. En ese marco, Lumiton diversificó su producción: desde comedias de enredos y musicales hasta dramas sociales y películas policiales. Directores como Francisco Mugica y Carlos Hugo Christensen aportaron una mirada sofisticada y moderna, cercana al cine europeo y norteamericano, pero con identidad local. Christensen, en particular, exploró una estética audaz en títulos como *El ángel desnudo* (1946), donde la sensualidad de Olga Zubarry desafiaba las convenciones morales de la época y anticipaba los debates sobre censura y representación femenina.

Sin embargo, esa misma década también trajo tensiones. La competencia con otros estudios, los cambios en las políticas culturales del Estado y la propia dinámica del mercado pusieron a prueba la sostenibilidad de Lumiton. Aun así, la compañía logró mantenerse activa hasta principios de los años



Vista exterior dentro del predio de los Estudios Lumiton

cincuenta, cerrando su producción con *Un guapo del 900* (1952), dirigida por Lucas Demare. Esa última película simbolizaba, en cierto modo, el final de una era: el estudio que había fundado localmente la modernidad del cine sonoro se despedía con un relato anclado en la mitología porteña del arrabal y el coraje.

Tras el cierre de Lumiton, la casona de Munro que albergaba los estudios quedó como un espacio en suspenso. La industria cinematográfica argentina entraba en un ciclo de crisis recurrentes, atravesado por la competencia de Hollywood, la censura política y las dificultades económicas. Sin embargo, el legado de Lumiton permanecía vivo en el imaginario popular y en la memoria barrial: Munro seguía siendo recordado como la Casa de las estrellas, un nombre que condensaba tanto la nostalgia como el orgullo de haber albergado un proyecto pionero.

Mientras tanto, el cine York continuó su propio recorrido. En los años treinta y cuarenta, con la cercanía de los estudios y el auge del cine sonoro, la sala se transformó en un verdadero centro cultural del barrio. No era solo un espacio para ver películas: también alojaba funciones de teatro, bailes comunitarios y encuentros sociales. Esa dimensión multifuncional del York lo convirtió en un símbolo de la vida comunitaria de Olivos, en contraste con las salas céntricas de Buenos Aires, más orientadas al consumo masivo.

Con el paso de las décadas, el York sobrevivió a las crisis que llevaron al cierre de muchas salas de barrio. En 1993 fue adquirido por la Municipalidad de

Vicente López y declarado monumento histórico municipal, un gesto de preservación que reconocía su valor patrimonial y su vínculo con la comunidad. Esa decisión municipal fue clave porque abrió la posibilidad de que, décadas más tarde, el cine fuera incorporado al Proyecto Lumiton y relanzado como parte de una política cultural integral.

Lo que se advierte, en retrospectiva, es que tanto Lumiton como el York forman parte de una genealogía cultural donde innovación tecnológica, memoria colectiva y vida barrial se entrelazan. Lumiton introdujo el cine sonoro y generó un catálogo que definió identidades y géneros. El York ofreció el espacio donde esa experiencia se convertía en práctica comunitaria. Ambos proyectos fueron, en definitiva, anticipos de lo que la Unesco reconoce al nombrar a Vicente López como Ciudad Creativa del Cine: no se trata solo de infraestructura o de inventarios, sino de la capacidad de un territorio para narrar su historia a través del cine y proyectarla al mundo. De cómo el Estado debe proteger y cuidar esos espacios, que no son otra cosas que usinas de memoria y de educación, que lejos de la nostalgia prometen a diario experiencias culturales accesibles a toda la comunidad.

Ese legado no quedó congelado en la memoria: en 2015, con la creación del Proyecto Lumiton, la historia comenzó a reactivarse. La recuperación de la casona de Munro, la puesta en valor del archivo fílmico y fotográfico, y la articulación con el cine York permitieron que el patrimonio se transfor-



Fachada iluminada del cine York en Olivos, Vicente López

mara en motor cultural contemporáneo. Lo que sigue es el análisis de ese presente, donde Vicente López logra consolidar un modelo de gestión patrimonial singular, basado en la participación comunitaria y en el cine como relato vivo.

EL VECINO COMO POLÍTICA CULTURAL

La recuperación del legado de Lumiton no fue concebida como un gesto meramente patrimonial ni como un proyecto nostálgico. Desde su nacimiento en 2015, el Proyecto Lumiton se pensó como una política cultural activa, capaz de articular memoria, formación, exhibición y participación ciudadana. En lugar de quedar fijada en la contemplación del pasado, la casona de Munro volvió a encenderse como un estudio de ideas: un laboratorio cultural donde la herencia cinematográfica se conecta con los lenguajes contemporáneos.

La restauración del edificio original de los estudios Lumiton, inaugurado en 1931, fue el primer paso. El espacio se reconfiguró como Museo del Cine Usina Audiovisual, con salas de exhibición permanente y temporaria, un auditorio para proyecciones y charlas, y un área destinada a talleres. Este trabajo de recuperación no solo garantizó la preservación de un patrimonio edilicio de alto valor simbólico, sino que también consolidó una infraestructura apta para alojar actividades múltiples: desde muestras fotográficas hasta laboratorios de cine experimental.

Uno de los ejes centrales del Proyecto Lumiton es el archivo fílmico y fotográfico. Se trata de un acervo compuesto por negativos, copias, documentos y materiales gráficos que, tras décadas de dispersión y riesgo de deterioro,



Trabajos de restauración y preservación del patrimonio cinematográfico del Proyecto Lumiton



Cartel de la película *La hija del ministro*, antes y después de la restauración

hoy está digitalizado y disponible para la investigación. La creación de este archivo permitió no solo conservar la memoria material de Lumiton, sino también ponerla en circulación: investigadores, estudiantes y cineastas acceden a un fondo documental que da cuenta de cómo se construyó el cine argentino. El archivo, además, se articula con la plataforma lumiton.ar, que ofrece acceso *online* a contenidos y actividades, ampliando la llegada del proyecto más allá de la escala local.

El cine York, por su parte, fue reactivado como sala municipal de cine y artes escénicas. Lejos de limitarse a la exhibición comercial, su programación se orienta a propuestas independientes, ciclos temáticos y festivales, la celebración de una industria local que necesita siempre de pantallas donde sobrevivir y volver a visitar a nombres del cine que las plataformas ignoran. El programa Vecine Vecine se convirtió en una marca registrada: ciclos gratuitos que reúnen cine nacional e internacional, recuperando la dimensión comunitaria del York como punto de encuentro. En un contexto donde la mayoría de las salas de barrio desaparecieron en todo el país, en toda Argentina, y casi en todo el mundo, el York funciona como un símbolo de resistencia cultural y un espacio donde se experimentan nuevas formas de vínculo entre cine y comunidad.

El Proyecto Lumiton también se concibe como una plataforma de formación y experimentación. Talleres de guion, dirección, fotografía, montaje, así como clínicas de producción y encuentros con cineastas contemporáneos,



El cine ha funcionado como un eje vertebrador de la comunidad en Vicente López

convierten al espacio en una escuela no convencional, donde lo educativo se integra con lo creativo. En este sentido, el proyecto refuerza la idea de que la memoria no es solo preservación, sino también transmisión activa: la historia del cine argentino se enseña y se resignifica en contacto directo con las nuevas generaciones.

Un aspecto clave es la gestión municipal que sostiene el proyecto. Lejos de tratarse de una política aislada, Lumiton y el cine York se integran a una estrategia cultural de Vicente López que apuesta por el cine como eje de identidad local y como vector de proyección internacional. La inclusión en la red de Ciudades Creativas de la Unesco en 2023 confirma este modelo: Vicente López fue reconocida no solo por su historia fílmica, sino por la capacidad de haber convertido esa memoria en un motor de políticas públicas contemporáneas y por su capacidad de mantener vivo ese rol a conciencia de determinadas crisis económicas que atraviesa el país.

Lo notable es que el presente de Lumiton no se piensa en oposición a su pasado, sino como continuidad transformada. El lugar donde se filmaron las primeras películas sonoras argentinas hoy se dedica a formar realizadores digitales; la sala que fue testigo de estrenos de barrio hoy proyecta cine contemporáneo; los archivos que estaban dispersos en depósitos y colecciones privadas hoy circulan *online* y se utilizan en festivales internacionales. En esa dialéctica entre memoria y proyección futura, el Proyecto Lumiton encarna una política cultural que combina preservación, innovación y participación comunitaria.

PATRIMONIO VIVO Y RESONANCIA INTERNACIONAL

Pensar el cine como patrimonio implica una operación que va mucho más allá de la catalogación y el inventario. Los casos de Lumiton y del cine York muestran con claridad que los espacios culturales sobreviven en tanto son capaces de actualizar sus sentidos y abrirse a nuevas comunidades. En ese marco, el patrimonio no se limita a un bien protegido, sino que se transforma en un argumento vivo, capaz de articular relatos identitarios, impulsar procesos de creación y consolidar políticas públicas con proyección internacional.

En el caso de Vicente López, esta resignificación patrimonial está marcada por una idea de cine comunitario. Lumiton, como proyecto cultural, no se concibe como un museo cerrado sobre su propia historia, sino como un espacio que vuelve a ponerse en circulación: cada ciclo de proyecciones, cada taller, cada festival se inscribe en la continuidad de la memoria fílmica argentina, pero con un lenguaje contemporáneo que interpela a públicos diversos. De igual modo, el cine York, al ofrecer una programación plural y accesible de manera gratuita, no es solo un edificio histórico protegido, sino una institución de uso cotidiano, un lugar donde el patrimonio se actualiza en cada función compartida.

La dimensión comunitaria es fundamental. En un mundo donde la oferta cultural suele estar condicionada por lógicas de mercado, el cine York y Lumiton reafirman la cultura como derecho. La gratuidad de los ciclos Vecine Vecine, la accesibilidad de los talleres y el carácter público de los archivos digitales hacen de este proyecto una política inclusiva. De ese modo, la comunidad no es solo receptora, sino protagonista: son los vecinos, los estudiantes, los realizadores emergentes y los investigadores quienes resignifican día a día el sentido de Lumiton.

Este modelo, basado en la articulación de memoria, educación, producción y participación ciudadana, fue clave para que Vicente López ingresara en 2023 a la Red de Ciudades Creativas de la Unesco, dentro del campo específico del cine. En palabras de la propia Unesco: el programa busca ciudades que conviertan la creatividad en un motor de desarrollo sostenible. Vicente López ofreció un ejemplo concreto: la recuperación de su patrimonio fílmico se tradujo en políticas culturales que fortalecen la identidad local y, al mismo tiempo, proyectan al municipio en el mapa global del cine.

La pertenencia a la red Unesco no es solo un galardón honorífico. Implica también una responsabilidad: la posibilidad de intercambios internacionales, colaboraciones entre ciudades y circulación de experiencias. En ese sentido, Lumiton y el Cine York se convierten en plataformas de diálogo con otras instituciones culturales del mundo, lo que abre oportunidades para la difusión



Los espectadores asisten a las salas por "el rito del cine"

del cine argentino y para la formación de alianzas que potencien tanto la investigación patrimonial como la creación contemporánea.

El caso de Vicente López demuestra que el patrimonio audiovisual puede ser un vector de internacionalización cuando se lo entiende como un proceso vivo. No basta con preservar archivos o mantener edificios históricos: es necesario integrarlos en una trama cultural que tenga impacto en la vida cotidiana y que se abra al intercambio global. Así, el cine deja de ser únicamente memoria para convertirse en presente y en futuro, capaz de identificar un barrio, de darle sentido a una comunidad y de inscribirlo en la cartografía cultural internacional.

En definitiva, el cine como patrimonio, en Vicente López, se convierte en un lenguaje compartido. La quinta donde nacieron las películas sonoras argentinas, la sala donde generaciones de vecinos vieron cine de barrio, los archivos digitalizados y la plataforma *online* constituyen nodos de un mismo relato. Ese relato no es cerrado ni uniforme, sino plural, abierto y en constante construcción. Es justamente esa cualidad de patrimonio vivo la que convierte al cine en un elemento capaz de sostener la identidad local y, a la vez, proyectarla hacia el mundo.

EL PRESENTE

El recorrido histórico y cultural de Vicente López a través de Lumiton y el cine York ofrece un caso ejemplar para reflexionar sobre el lugar del cine en las políticas patrimoniales contemporáneas. Desde la audacia pionera de Los locos de la azotea en 1920 hasta la consagración como Ciudad Creativa de la Unesco en 2023, el cine ha funcionado como un eje vertebrador de identidad, comunidad y proyección internacional.

Lo significativo es que este proceso no quedó anclado en la mera conservación de un legado, sino que se desplegó como un modelo innovador de gestión cultural. Lumiton no es solo un museo, ni el cine York únicamente una sala histórica: ambos son laboratorios de creatividad, plataformas de acceso democrático a la cultura y espacios donde la memoria se activa en contacto con las prácticas del presente.

En un contexto donde la aceleración tecnológica y las lógicas del mercado amenazan con volver obsoletos los cines de barrio y con fragmentar la memoria audiovisual, Vicente López construyó un camino alternativo: el cine como patrimonio vivo, enraizado en la comunidad, pero abierto al diálogo internacional, a nuevas formas de contar, a felices espectadores que descubren la historia del cine en sus salas. Esa es quizás la enseñanza más potente del caso: que los bienes culturales no se agotan, sino que adquieren valor en tanto se integran en la vida social, en el rito comunicacional y en la imaginación colectiva.